

dednos contra los enemigos de nuestra salvacion, y asistidnos con mas particularidad en la hora de nuestra muerte, para que bajo las alas de vuestra proteccion poderosa, tengamos parte en la felicidad imponderable de vuestro Santo Transito, y celebremos vuestro triunfo con los Bienaventurados en la Gloria: *Ad quam, &c.*

SERMON

PARA EL DIA DE SAN BERNARDO.

¿Tu quis es? Joan. c. i. v. 19.

¿Quién eres tú?

OID, Señores, la pregunta, que los Judios hacen en el Evangelio al Santo Precursor de Jesu-Christo: admirados de ver en él un hombre extraordinario, que estando, al parecer, consagrado à la penitencia, y al retiro, se deja ver repentinamente como Predicador por su zelo, y *mas que Profeta*, por su autoridad, procuran saber de él mismo, si es el antiguo Elias, ò algun nuevo Profeta, ò el Mesias que esperaban: *¿Tu quis es?*

Hoy me hallo yo, Catolicos, en la misma confusion: el gran Santo, cuya memoria celebramos, no parece menos incomprehensible, que el Bautista para los Judios, y asi puedo yo, movido de una justa admiracion, hacerle la misma pregunta que

que aquellos hicieron al Bautista, movidos acaso de una secreta envidia.

Confieso ingenuamente, que no sé como formar el elogio de San Bernardo; porque si quiero proponerle como Oraculo, y Columna de la Iglesia, se me representa al mismo tiempo escondido en el desierto, condenado al silencio, macerado con penitencias, y absorto en Dios, por medio de su continua contemplacion: si quiero alabarle como à cabeza, y modelo de los mas perfectos solitarios; le hallo hombre *poderoso en obras, y palabras*, maestro de los Doctores, arbitro de los Reynos, y censor de los Reyes, à quien la Iglesia debe la seguridad de su cabeza contra el cisma, la victoria de su fé contra el error, y la defensa de sus derechos contra las potestades del mundo: ¿pues cómo podré, Señores, daros à entender lo que es? el piadoso Historiador de su vida, asegura que solamente los que están animados de su espíritu, pueden llegar à conocer sus virtudes: *Neminem enarrate posse: puto; qui non vivat de spiritu quo ille vixit:* (In vit. Bern. lib. I. c. 4.) Gran Santo, vos sois verdaderamente un mysterio para nuestros entendimientos; y asi decidnos quién sois: *¿Tu quis es?*

Pero podremos dar fé, Catolicos, à la respuesta de nuestro Santo? Es verdad, que él mismo dice, que en este punto quiere que se atienda mas à su propio dicho, que al de otros: *Volo vos mihi credere de me magis quam alteri;* * pero semejante en otras cosas al Bautista, lo es tambien en su profunda humildad.

(*) Epist. XI. El Autor usaba de la Edición de Horstius.

mildad; y si es licito decirlo así, la humildad que en los pecadores es una virtud verdadera, que los hace confesar sus propios defectos, en los Santos es una virtud que los desfigura à su propia vista, y una virtud que intenta degradarlos para con los demas: el Bautista solo piensa en ensalzar la gloria de su Divino Maestro, à costa de su propia gloria, y apenas se atreve à declarar que es la voz del que clama en el desierto: del mismo modo Bernardo, si le preguntamos ¿quién es? nos responde; yo no soy ni seglar por mi habito, ni religioso por mis ocupaciones; soy un compuesto de los dos Estados, ò por mejor decir, soy un monstruo: *Ego quædam chimera mei sæculi.* (Epist. 250.)

Sirvamonos, pues, Señores, de la noble idea, que el Santo nos ofrece de sí mismo; preguntémosle quién es: ¿*Tu quis es?* y poniendo en su boca la humilde respuesta del Bautista, oíganosle decir: yo soy una voz poderosa que clama en el desierto: *Ego vox clamantis in deserto.* Sino hubiera hecho mas que levantar su voz, sus excelencias hubieran sido comunes con las de otros muchos Santos que resplandecieron en la casa del Señor, y si hubiera permanecido siempre retirado en el desierto, se confundiria con aquellos justos que se perfeccionaron en lo mas escondido de las soledades: pero como juntó el zelo, y la doctrina de los unos, al estado, y perfeccion de los otros, se puede decir que no se parece à ninguno particularmente, porque se parece à todos: en todos los estados en que se manifiesta San Bernardo, vemos en él un mismo hombre, y admiramos un Santo Religioso que se hace tan util por

sus

sus talentos, como exemplar por el retiro de su profesion; siempre está clamando, y siempre vive en el desierto: y así os representaré, Catolicos, à San Bernardo como un perfecto solitario, que en su retiro hace los mas importantes servicios à la Iglesia; y como un Ministro Apostolico, que en medio de sus trabajos conservó siempre todo el espiritu de solitario: la autoridad que se adquirió por sus virtudes, y la santidad que resplandeció en su Ministerio, serán el asunto de este discurso.

Muchas veces confundiré al penitente, y al contemplativo con el Doctor, y el Apostol, pero esta confusion será efecto de la grandèza del asunto que voy à emprender: Vos, Reyna Soberana de los Cielos, sois muy interesada en el elogio de un Santo, tan zeloso de vuestra Gloria, tan eloquente para ensalzar vuestras virtudes, y que tan entregado vivia à vuestra proteccion; y así para elogiarle dignamente, imploro, Señora, vuestro amparo, saludandoos con el Angel. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

NO me admiro, Catolicos, de los grandes elogios, que los Santos Doctores han tributado à la vida de los Solitarios; el desierto es para éstos asilo de su inocencia, camino para la perfeccion, y mansion de la paz: pero aunque son tan superiores à los demás hombres por su profesion, parece que su retiro es impedimento para que los sean utiles, y que no tienen mas merito que el de una virtud tímida, que se salva huyendo de una piedad estéril, fal-

Tom. IV.

Oo

ta

ta de zelo, (*D. Bern. Epist. 89. n. 2.*) y de una santidad obscura, que no resplandece con el exemplo, (*Epist. 323. n. 1. serm. 64. in Cant. n. 3.* El mismo San Bernardo nos dice, siguiendo à San Geronymo, que un solitario es mas à proposito para llorar sus defectos, que para enseñar à sus proximos: que su seguridad consiste en ocultarse à la vista de los hombres, y su perfeccion en olvidarse de ellos, y que su principal cuidado debe ser el estar libre de todos los negocios: *In me unicum negotium mihi est; aliud non curo, quam non curem.* (Tertul. de Pallio. cap. 5.)

Y à la verdad ¿qué podian los hombres esperar de Bernardo, y cuáles serian sus ideas, respecto à los demás hombres, quando abrazó la Regla del Cister? porque si hemos de juzgar segun las apariencias, este joven, zeloso de la integridad de sus costumbres, procuraba ocultarse à la vista del público, para vivir encerrado en un sepulcro, porque dos Religiosos de aquel Santo Monasterio eran unos hombres à quienes el mundo no conocia, habitaban en el Cielo por medio de su contemplación, y solamente estaban unidos à la tierra para trabajar en ella: eran inaccesibles à los demás hombres por su Clausura, y vivian separados entre sí por su silencio; tan pobres, y necesitados, que de todo carecian, aunque nada deseaban; eran penitentes en la inocencia, y fervorosos en la perfeccion: eran famosos en la Iglesia por su santidad, y mas solitarios por su espíritu, que por su retiro.

Pero no obstante, Catolicos, si el Espiritu de Dios llevó à Bernardo al desierto como à Jesu-Christo,

to, fue para que sirviese de espectáculo al mundo Christiano. Este gran Santo experimentó en sí lo mismo que nos enseñó, diciendo, que quando Dios se comunica, à las almas santas, las dá una fuerza invencible para que puedan mantenerse en la accion, y una sabiduria consumada, para que puedan esparcir la luz: *Duo confert eis, virtutem operationi, & sapientiam intellectui:* (Serm. 5. in Asump. B. M. V. n. 5.) En la profunda paz de una vida interior, le llenó Dios de zelo, y de sabiduria; de zelo, para que restableciese el buen orden en la Iglesia, y de sabiduria, para que conservase en ella la pureza de la Doctrina, dos circunstancias que os harán admirar, Señores, en un perfecto solitario, un verdadero Apostol.

Ya havian admirado los hombres el prodigioso ensayo que havia hecho de su zelo, y valor, quando juntando un considerable numero de amigos escogidos, vivia con ellos en el mundo, como si estuviera fuera del mundo: pero su retiro al desierto, à pesar de las grandes esperanzas, que le lisongeaban en el mundo, acabó de manifestar la grandeza de su alma: todas las acciones de Bernardo son grandes, y dignas de un Apostol, hasta los presagios de su vocación, y su entrada en el Claustro. El que medita abrazar el Estado Religioso, suele decirse interiormente como el Profeta; *mi secreto para mí:* hace ocultamente pruebas de su vocación para tener el consuelo de asegurarse de ella, y disimula en público, por tener libertad para seguir sus deseos: San Bernardo no procede asi: el mundo es para nuestro Santo un enemigo tan despreciable, que no le teme;

no procura huir de él, valiendose del favor de las tinieblas, antes bien se retira al desierto publicamente: lleva en su compañía à sus amigos, sus parientes, y toda su familia: los que antes eran hermanos suyos por los vinculos de la sangre, lo son ya tambien por los de la Religion: y hasta su mismo padre, segun la carne, se convierte en hijo suyo, segun el espíritu.

Es verdad, Catolicos, que fue una gloria muy singular para nuestro Santo, el haver sido un Isaac para los Religiosos del Cister, que juntamente terminian como Abraham, y quedar sin herederos de su nombre, esto es, sin imitadores de su penitencia: es verdad, que hizo un servicio muy señalado à la Iglesia en continuar una santa familia, que es de tanto honor para la Cristiandad; pero para mejor conocer la actividad de su zelo, y la utilidad de su profesion, veamos cómo procede en los negocios mas importantes de la Iglesia.

Acordaos, Señores, de aquel funesto tiempo, en que la Iglesia Romana, aquella hermosa hija de Sion, Madre, y Señora de las demás Iglesias, se dejaba ver bajo la figura de un monstruo con dos cabezas: à un mismo tiempo estaban sentados en la silla de Pedro dos Pontifices: Inocencio II. bien conocido por sus virtudes; éste por orden de Dios subió al Trono, pero el ambicioso Anacleto intentó arrojarle de él con sus astucias: al uno favorecia la justicia, y el otro se valia de la violencia: el verdadero Pastor era mirado como sospechoso por sus desgracias, y el falso se veía autorizado con sus prosperidades. De esto nació en Israel una division

que separaba à los Pueblos de los Pueblos, à los Principes de los Principes, y à los Obispos de los Obispos: unos seguian el partido del error por el interés que de ello les resultaba; otros no se atrevian à declararse à favor de la verdad, por miedo de engañarse: la Iglesia, aunque uniforme en su Fé, dividida à cerca de la legitimidad de su cabeza, se veía precisada à pelear contra sí misma. Vos, Dios mio, haveis prometido, que las puertas del Infierno no han de prevalecer contra ella, y la fidelidad de vuestras promesas alienta nuestra confianza.

Pero ¿quál será el hombre capaz de aplacar la tormenta que agita à la Nave de San Pedro? ¿quál será el hombre tan ilustrado, que pueda separar el error de la verdad, tan intrepido, que tenga valor para ponerse de parte de la justicia, tan eloquente, que sepa persuadir la verdad, y tan poderoso que renna los votos de los Obispos, concilie el afecto de los Pueblos, gane los corazones de los Reyes, y en una palabra, tan feliz, que consiga ensalzar al verdadero Pontifice, y destronar al usurpador?

O sabios del mundo, vosotros sin duda le buscareis entre aquellos hombres prudentes del siglo, que tienen singular talento para conciliarse los afectos, que poseen el arte de la mas fina politica, que saben valerse de la mentira, quando ésta les es util, y usar de medios injustos quando los contemplan seguros para sus fines: pero no, en una obra tan santa no debe emplearse la prudencia de los hijos de las tinieblas: para defender la causa de Dios, se ha de buscar un hombre animado del espíritu del mismo Dios.

¿Pero en dónde hallaremos este hombre? en dónde se ha de hallar, en la soledad de Claravalle, y en la persona de Bernardo: Mirad, Señores, à este Venerable solitario, à este Santo Abad, à la frente de un pequeño número de Santos, à los que precede mas por sus virtudes, que por su clase: mirad de en un Claustro que no es mas que un conjunto de Celdas rusticas, entregado, unas veces à Dios por la Oracion, otras à sus hermanos por la Caridad, y siempre vigilante à cerca de sí mismo; cumpliendo à la letra la penitencia que Dios impuso à nuestro primer Padre, añadiendo à las austeridades de la Regla, el peso de un aspero cilicio, consumido con los ayunos, extenuado por las enfermedades, no interrumpiendo jamás su silencio, sino para emplear su lengua en los Celestiales Canticos, ò en saludables Sermones; tan superior à los sentidos, que come sin hallar gusto en los manjares, y ve sin reflexionar en los objetos, desprendido de todas las cosas de la tierra, y santamente despreciador de sí mismo; miradle, y sabed, que este es el hombre que ha de ahogar el cisma, y ha de restituir la paz al mundo Christiano.

Figuraos, Señores, à todos los Prelados de la Francia, congregados con el Rey, y los Principes, en el Concilio de Estampes, para deliberar acerca de las dos elecciones que tienen dividida la Iglesia: ¿qué negocio mas arduo? ¿qué decision mas delicada? ¿qué juicio mas necesario? si se decide el punto, amenaza el peligro de que quede vencedor el Pontifice intruso, y si no se decide, se abandona al verdadero Pastor: ¿qué partido, pues, podrá tomar aquella
ilus-

ilustre junta en tan delicadas circunstancias? ¿quál ha de ser? el hacer à Bernardo arbitro supremo de tan importante negocio: Bernardo tiembla, alega para escusarse sus cortos talentos, y el retiro de su profesion, pero todo es en vano; la obediencia le obliga à decidir, y su decision se mira como Oraculo de la Iglesia.

Hablad, pues, ò gran Santo, hablad con aquella justicia, y aquella prudencia de que os ha dotado el Cielo: hablad para honra de vuestra profesion, para gloria de la Francia, y para sosiego de todo el pueblo fiel: hablad, y admiren todos los siglos lo que jamás vieron, y acaso no volverán à ver, esto es, un pobre Religioso, en quien se reune toda la autoridad de un Concilio, y en quien descansa toda la fuerza del Espiritu Divino; vos solo, Santo mio, sereis el organo de la Iglesia, el defensor del verdadero Papa, el apoyo de la Santa Silla, y el pacificador del mundo Catolico.

A Bernardo debió en esta ocasion el legitimo Succesor de San Pedro, entrar en posesion de sus derechos; à Bernardo debió el mundo Catolico la felicidad de haver reconocido la justicia, y recobrado la paz: à Bernardo debe la Francia en particular, la gloria de haverse distinguido en esta ocasion, por su horror al cisma, por su fidelidad à la Santa Silla, y por su zelo à favor de los Soberanos Pontifices: la Francia fue la primera que reconoció al verdadero Papa, la que manifestó mas ansias por recibirle, y la que se declaró mas generosa en protegerle.

Este era Catolico, el poder de la santidad que resplandecia en San Bernardo: en él se vió cumpli-

da à la letra la promesa que Jesu-Christo hizo à sus Discipulos, quando les dixo, yo os daré en presencia de los Reyes una boca, y una sabiduria, à la que no podrán resistir vuestros enemigos: reparad, Señores, la autoridad con que trata el asunto del Papa, con los mayores Principes. Si es necesario convencer al Rey de Inglaterra, le hace Catolico, haciendole antes temblar como pecador: si es necesario vencer al terrible Duque de Aquitania, se reviste del poder de hombre de Dios, le amenaza como à otro Jeroboam, le derriba en tierra, le presenta el Sagrado Cuerpo de Jesu-Christo, y mas feliz que el antiguo Profeta, obliga à este Principe Cismático, à que deponga su furor, y se reconcilie con la Iglesia: si es necesario defender la eleccion de Inocencio, contra la eloquencia de Pedro de Pisa, en presencia del Rey de Sicilia, habla con tanta eficacia, que consigue reducir à aquel Prelado à la obediencia del Papa, y dejar al Principe sin excusa en su union al falso Pastor: si es necesario oponerse à los artificios de un Emperador, que solo parece haver recibido en sus Estados à un Papa fugitivo, para obligarle à aceptar unas condiciones injustas, representa con valor al Principe la injusticia de sus proposiciones, y la malicia de su politica, haciendo ver à los Alemanes, è Italianos, que las sutilezas, y astucias de los Cortesanos, no tienen tanta eficacia, como la rectitud, y sencillez de un solitario.

Pero no os parezca, Señores, que queda satisfecho su zelo, con haver concluido el gran negocio del Cisma: muchas veces sucede, que despues de haver lucido un hombre en el desempeño de los nego-

cios

cios mas arduos, se entrega à un ocioso descanso, y que cansado del trabajo, ò satisfecho con la gloria que ha adquirido, pasa lo restante de su vida en una vergonzosa inacción: pero el zelo de Bernardo es infatigable, y le mueve à interesarse en todos los negocios de la Iglesia: Bernardo se declara protector de la inocencia, y perseguidor de la injusticia, y de los escandalos. Se opone con el mismo valor que el Bautista à las empresas de un Soberano, que abusa de su poder para turbar el Ministerio de los Pastores, y disipar los bienes de la Iglesia: hace reflorar la hermosura del desierto, por el cuidado que pone en conservar la en su orden, y restablecerla en los demás: hace presentes à los Principes de la Iglesia, las obligaciones de su dignidad, representandoles lo incompatibles que son con éstas, la codicia, y la soberbia; que su verdadera gloria consiste en saber acomodar su alta dignidad al Ministerio Apostolico: que Jesu-Christo dejó para los grandes del mundo el luxo, el regalo, y la vanidad, pero que en los sucesores de los Apostoles, el verdadero modo de contener à los pueblos en la obediencia, es grangearse su amor, con la caridad, y con el aprécio de las virtudes: finalmente, su valor se estiende hasta llegar à reconvenir humildemente al Sucesor de Pedro: ¿qué prudentes lecciones no dá al Santo Pontífice acerca del peso de sus obligaciones, de la superioridad de su Ministerio, de la variedad de sus ocupaciones, de la eleccion de sus Ministros, y del uso de su autoridad?

Me parece, Señores, que os hallais con deseos de bolver à preguntar à San Bernardo: ¿Tu quis es?

Tom. IV.

Pp

os

os maravillais al verle tan respetado en el mundo, y tan autorizado en la Iglesia: pero no lo extrañeis, porque la excelencia de su profesion, y sus grandes virtudes le ganaban la admiracion, y el respeto de todos los hombres: todos miraban à los solitarios de Claravalle como otros tantos prodigios de la santidad de nuestro Santo: pero Bernardo como mas perfecto entre los perfectos, parecia mas venerable à los ojos del mundo: todas las virtudes de sus discipulos se veían reunidas en su persona: salia de su retiro rodeado de luz como Moyses, por el intimo comercio que havia tenido con su Dios, y à vista de un hombre, cuya celestial mision era tan manifiesta, todos se persuadian à que en él, la justicia reglaba los juicios, el zelo hacia las reconvenciones, la sabiduria dictaba los consejos, y la virtud ordenaba todas las acciones: esto fué lo que le dió un soberano imperio sobre todos los corazones: esto le hizo arbitro de la paz entre los Reyes, los Emperadores, y las Republicas; Predicador de la Cruzada contra los Infeles; Apostol de Francia, Italia, y Alemania, y si es licito decirlo asi, Dios de toda la tierra, como Moyses lo fue de Faraon.

¡O felices tiempos, en que la virtud fue recibida con tanto respeto, y oída con tanta sumision hasta en los Palacios de los Grandes! felices tiempos en que un pobre Religioso tuvo autoridad para hacer quanto quiso, aunque nunca quiso sino lo justo: es creíble, Catolicos, particularmente en un siglo como el nuestro, en el que es tan orará la virtud entre los hombres, en el que la murmuracion la desfigura con tanta injusticia, y la soberbia la mira con tanto

desprecio, ¿es creíble buelvo à decir, que el mundo haya dado en algun tiempo entrada en sus consejos à la virtud? Sí Señores; en el tiempo de San Bernardo se vió este prodigio, el que no debemos esperar que se renueve en nuestros dias, pues en ellos apenas se atreve la virtud à manifestarse, porque vé al libertinage correr sin freno, à la impiedad desfigurada con el nombre de grandeza de animo, y à la devocion afrentada con el de flaqueza: en nuestros dias, lejos de florecer la Santidad del Christianismo, apenas conservamos las costumbres de los prudentes Paganos, seria delito, segun la expresion de San Cypriano, parecer inocente entre tantos culpados, (*Epist. 1.*) la virtud no puede tener estimacion, por hallarse demasiado honrado el vicio, y por una nueva especie de hypocresía, si los Justos quieren ser menos odiosos, es necesario que parezcan menos Santos.

Puede ser, Señores, que interiormente me esteis diciendo; dadnos en nuestros dias un Bernardo, y nosotros le tributaremos toda nuestra veneracion: ¿pero os parece que dariais oídos à un Bernardo en medio de los desordenes, y excesos en que vivis? puede ser que le digeseis lo mismo que en otro tiempo oyó un Profeta: huye de aqui, retirate à otro país en donde sea menos importuna tu presencia: *Graderre, fuge in terra Juda*: retirate à los desiertos, y alli podrás vivir mas tranquilamente: *Comede ibi panem*: en las Aldeas serás temido de unas almas menos nobles que las nuestras: *Et prophetabis ibi*: pero no te atrevas à profetizar en presencia de los Grandes, que juzgan no estar obligados à respetar la virtud,